

AUSTERIDAD COMPARTIDA



MIRA tú por dónde vamos a tener que asumir, ahora por obligación, algunos cambios en nuestra forma de vida que hasta el día de hoy no hemos afrontado por convicción.

Y mira tú que sabíamos que ya no podíamos seguir mirando hacia otro lado ante asuntos como la emergencia climática, la creciente desigualdad social y la pobreza, la sobreexplotación de los recursos naturales, la aplicación de la ley de la fuerza y el armamentismo, la idolatría del consumo y la impregnación neoliberal de nuestra conciencia ética. Estábamos al tanto, desde luego, ¿pero acaso no nos hacíamos los sordos pese el insistente aviso de tantas alarmas de peligro?

Bueno, pues ya está aquí el tiempo de la austeridad obligada. Nos toca reducir el consumo energético, tendremos que sopesar muy mucho los habituales gastos en caprichos, intentaremos no sentirnos desgraciados si no estamos a la última en instrumentos tecnológicos o no hemos hecho el viaje de moda. Nos encontramos inmersos en una circunstancia que nos zarandea y hasta podría hacernos recapacitar: ¿no deberíamos aprender a disfrutar más de la convivencia entre las personas y menos de la acumulación de cosas?, ¿no tendríamos que interesarnos más por el digno mantenimiento de los servicios públicos de salud, educación y protección social... y menos por una bajada lineal preci-

samente de los impuestos que los hacen posibles?, ¿no podríamos prestar algo más de atención a lo que les está ocurriendo a otros países y a otras personas?

Soy consciente de que escribo sobre «austeridad» en primera persona del plural, «nosotros», pero no me olvido de que tratándose de austeridad sería gravemente injusto no distinguir claramente entre aquellas personas que ya vienen padeciendo una austeridad forzosa de aquellas otras que o bien hace tiempo que la olvidamos, o bien la conocemos ahora por primera vez. «Austeridad» no significa lo mismo para una familia que desde hace cinco años se ve obligada a acudir frecuentemente al banco de alimentos de la parroquia y que a día de hoy teme que este invierno no podrá encender la calefacción, que para aquellos, como yo mismo, que solo tendremos que recortar algunos gastos prescindibles.

Según la Fundación Foessa – Cáritas (2022), en España el 31,5 % de las familias tienen un nivel de ingresos muy por debajo (menos del 85%) del que es necesario para un estilo de vida digno según su

entorno. Según el índice de vulnerabilidad PRCVD (Presupuesto de Referencia para unas Condiciones de Vida Dignas) que cruza ocho variables (alimentación, vestido y calzado, vivienda, transporte, educación, salud, ocio y cultura, relaciones y vida social), son seis millones de familias las que se encuentran en situación de austeridad

Que el «querer más» no se identifique con el «querer más cosas».

forzosa. Cifra que se completa con el 23,7% de las familias que ingresan lo justo para cubrir sus necesidades básicas (cuatro millones de hogares), y el 44,8% que las afronta sin problemas (ocho millones de familias).

Dicho todo esto, pienso en quienes no nos veremos tan afectados por la austeridad en la satisfacción de nuestras necesidades básicas, y me pregunto si no podríamos vivir este invierno como una buena oportunidad para promover en nuestras comunidades cristianas una «austeridad compartida».

Austeridad, lo que significa una vida cotidiana sin lujos, sin excesos, sin gastos superfluos, sencilla y protegida ante la presión consumista... Compartida, es decir, motivada por una conciencia libre y responsable ante la crisis ecológica, ante la indignante desproporción entre las condiciones de vida de unas u otras familias, ante una ética guiada más por la «buena vida» que por la «vida buena».

Tal austeridad compartida no pretende «vivir mejor... aunque sea con menos», ni es un ejercicio de «postureo» hasta que vuelvan los tiempos de las «vacas gordas». Hablamos de una austeridad que, aunque sin duda la debe incluir, no se limite a nuestras aportaciones económicas a las organizaciones comprometidas con el medioambiente, la integración y la justicia social y la defensa de lo público.

Impulsar una austeridad compartida en nuestras familias y comunidades, y también en nuestros ambientes laborales y relacionales cotidianos, seguramente nos servirá para conocernos mejor a nosotros mismos y nuestras motivaciones, para preguntarnos si la transformación social que reclamamos no comienza por la recuperación de la sobriedad frente a la voracidad del consumo, para que el «querer más» no se identifique con el «querer más cosas», sino con el «querer mucho a las personas, a los que lo necesitan», para incorporar a esa «vida sabia» que deseamos las claves de la gratitud, la convivencia, la simplicidad y el descanso, moderando las habituales que son el mérito, la competencia, la sofisticación y el beneficio material.

Me atrevo a señalar cuatro ejercicios que, en mi opinión, nos facilitarían algunos cambios de mentalidad y de forma de valorar con el objetivo de que la austeridad que nos llegó «obligada» se convierta en una austeridad compartida:

- Retirarnos del foco de atención principal en un momento en el que las dificultades y estrecheces agobian, sobre todo, tanto a los que ya antes padecían una precarización de sus vidas como a los que se



van sumando a ese colectivo por causa de la guerra, las hambrunas, la pérdida de poder adquisitivo, las catástrofes climáticas y la violación de los derechos humanos, etc. Es decir, salir de nosotros mismos y atender a los otros.

- Aprender a hacer las preguntas que escasean en los medios y en las redes. Por ejemplo, ¿qué pasaría si toda la humanidad actuase, o pretendiera hacerlo, como lo hacemos nosotros?, ¿cómo puede ser que cuando se buscan las causas de tantas emergencias globales no haya forma humana de que nadie reconozca alguna responsabilidad?, ¿cómo es que padres y madres, y otros educadores, reducen la educación del esfuerzo en sus casas a lo relacionado con la futura competencia profesional y al «look»?
- Remarcar el valor de la simplicidad. Dicho con palabras del Papa: «La sobriedad que se vive con libertad y conciencia es liberadora. No es menos vida, no es una baja intensidad sino todo lo contrario. En realidad, quienes disfrutaban más y viven mejor cada momento son los que dejan de picotear aquí y allá, buscando siempre lo que no tienen, y experimentan lo que es valorar cada persona y cada cosa, aprenden a tomar contacto y saben gozar con lo más simple. Así son capaces de disminuir las necesidades insatisfechas y reducen el cansancio y la obsesión», *Laudato si'* 223.
- Controlar decididamente el desperdicio alimentario, auténtico escándalo global. Una austeridad solidaria tiene mucho que ver con aprovechar los alimentos, sin comprar más de lo necesario, aprovechando las sobras, sin despilfarrar los recursos naturales que los producen, entre otros hábitos y comportamientos cotidianos. Aunque tengamos que esforzarnos.

Austeridad compartida: motivada por una conciencia libre y responsable ante la crisis ecológica, la indignante desproporción entre las condiciones de vida de unas u otras familias y una ética guiada más por la «buena vida» que por la «vida buena».